

# El dolor de un pueblo

Por J.L. del Arco

*Un involuntario error en nuestro último número, correspondiente al mes de diciembre, privó a nuestros lectores de la última parte del trabajo de José Luis del Arco; "¡Adiós padre Arizmendi!", que a continuación les ofrecemos, junto con el testimonio gráfico del sepelio.*

La noticia del fallecimiento del P. Arizmendi —aunque vagamente esperada por su precaria salud, agravada por recientes intervenciones quirúrgicas— me impresionó dolorosamente. Cuando se nos muere un amigo, y un amigo de la dimensión espiritual del P. Arizmendi algo de uno mismo se muere también.

Mi último homenaje al amigo muerto fue asistir a su entierro. Y contemplé el dolor de un pueblo.

El pueblo, ese pueblo formado por las gentes anónimas y humildes, que saben del penoso trabajo de cada día para subsistir, tiene una fina sensibilidad para saber quienes le quieren bien y se identifican con sus necesidades y sus problemas, sus alegrías y sus tristezas, sus angustias y sus esperanzas.

El pueblo de la comarca de Mondragón se había fundido espiritualmente con el P. Arizmendi como éste se había entregado a aquél.

La misa de corpore insepulto, con la iglesia abarrotada de fieles desde horas antes de su celebración y la conducción del cadáver, ya en la noche, por las estrechas calles de la villa hasta el cementerio, entre una muchedumbre que flanqueaba el recorrido, apretada hasta desbordar en aceras y en los huecos de los edificios, silenciosa, con evidentes muestras de dolor y respeto, cerraban con su patetismo una convivencia que había identificado al hombre con su pueblo a lo largo de un cuarto de siglo.

**TODO PASA, UNA SOLA COSA TE SERA CONTADA Y ES TU OBRA BIEN HECHA**

Me viene incontestable a la memoria esta frase de Eugenio D'Ors.

El P. Arizmendi ha muerto pero su obra bien hecha seguirá hablando de él.

La vida y la obra del P. Arizmendi están necesitadas de profundo análisis y de amplia divulgación para provecho de las generaciones presentes y futuras, tarea que habrá de ser abordada, en primer término, por los

que con él han colaborado y están obligados a proseguir su obra.

Muchos hablamos y escribimos sobre cooperativismo. Muchos constituyen y viven cooperativas. Pero habremos de confesar que para la mayoría de los que declaran simpatizar con el cooperativismo tienen del mismo una visión manca y de corto alcance.

El cooperativismo es una doctrina revolucionaria —aunque pacífica— que aspira a transformar la convivencia humana sobre la base del respeto a los valores espirituales del hombre y que propugna una organización económico-social que salve, al mismo tiempo, la libertad y la justicia, y que sustituya el clásico lucro por la idea de servicio.

Desear todo esto, proclamarlo incesantemente, impulsar las obras en esta dirección y, sobre todo, vivir nuestra vida integral conforme a estas convicciones es ser un apóstol del cooperativismo, y el P. Arizmendi fue un auténtico apóstol.

El P. Arizmendi no se prodigó en escritos. Seguramente sus ideas están desperdigadas en pequeños artículos y en correspondencia particular. La mayor parte han sido publicadas en las editoriales de la revista TU (Trabajo Unido) de las cooperativas de Mondragón, que ni siquiera firmaba, aunque su estilo personal permitirá identificarlos. Creo que entre los pocos artículos que llevan su firma se cuenta el titulado "La experiencia cooperativa de Mondragón" publicado en el número extraordinario de la revista "Fomentos de Educación Cooperativa" de enero de 1973, que tuvo la gentileza de dedicarme el Centro Nacional de Educación Cooperativa, y en la que colaboré con dicho artículo el P. Arizmendi, lo que constituye para mí un alto honor. Es seguramente uno de los relatos más extensos de su pluma sobre el complejo cooperativo de Mondragón y por esto su interés es manifiesto para una exégesis de la vida y obra del P. Arizmendi.

Esta exégesis exhaustiva y la continuación de su obra es el mandato dejado por el P. Arizmendi, a la hora de su muerte, a sus colaboradores y discípulos.

Uno de sus más dilectos colaboradores me contaba el día del entierro, que pocas horas antes de morir el P. Arizmendi, muy pocas horas antes, con una voz tenue y apenas perceptible, le transmitía su preocupación: "¡Cuántas cosas hay que hacer! Comparado con lo que se ha hecho quedan inmensas posibilidades".



Sesenta sacerdotes concelebraron el funeral.



El ministro de Trabajo presidió el funeral.

Medalla de oro al Trabajo.